



Título original: *Il Libro dei Vetuschi*  
Escrito por Mario Mucciarelli  
Ilustraciones de Stefano Tartarotti

1.ª edición: abril de 2023

© Editrice Il Castoro Srl, Milán, 2021 - [www.editriceilcastoro.it](http://www.editriceilcastoro.it)  
Por mediación de Ute Körner Literary Agent - [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

© De la traducción: Carlos Gumpert, 2023  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023  
C/ Valentín Beato, 21. 28037 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

ISBN: 978-84-143-3529-1  
Depósito legal: M-382-2023

Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

MARIO MUCCIARELLI

# EL LIBRO DE LOS VETUSCOS

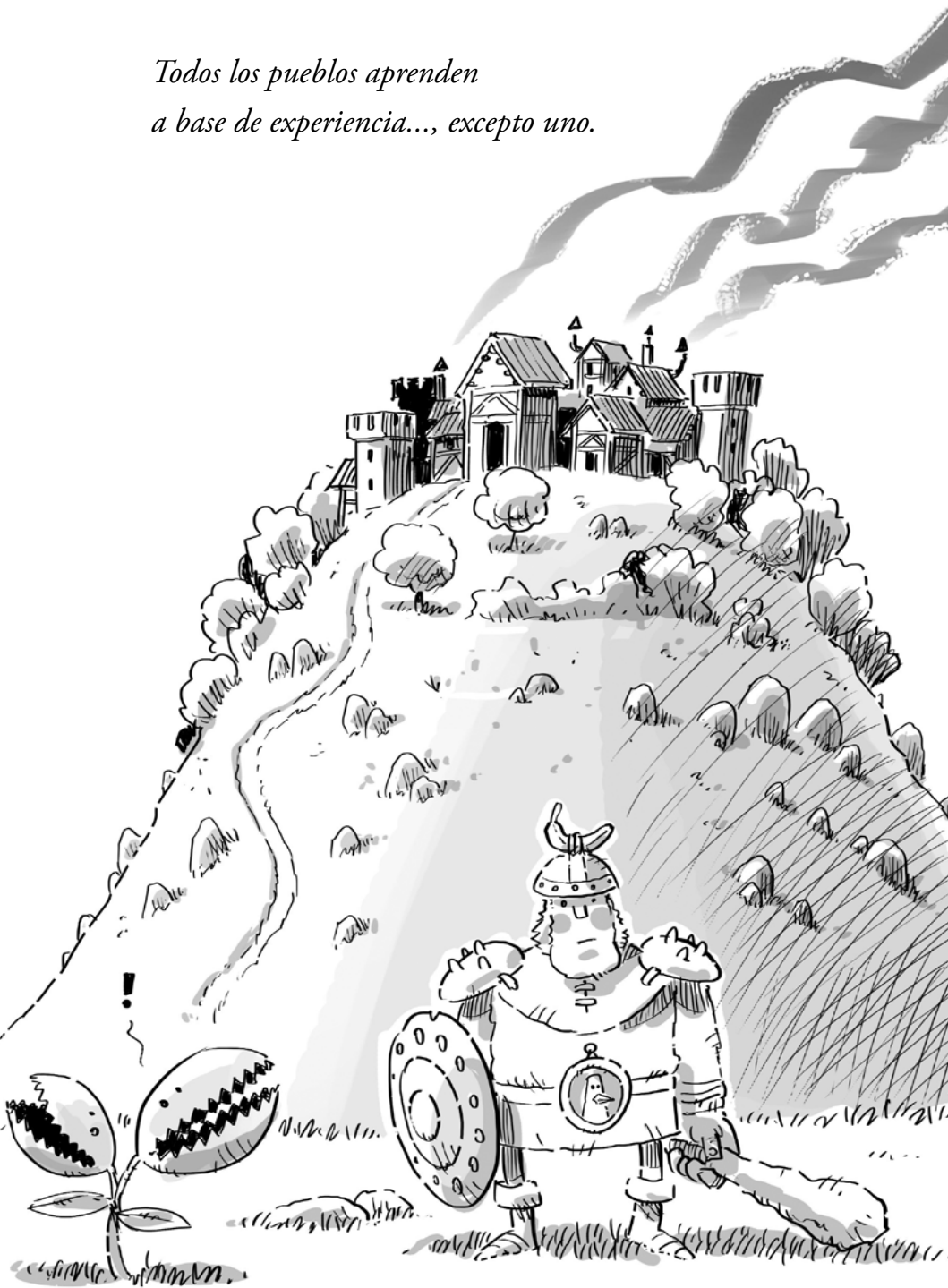
ILUSTRADO POR STEFANO TARTAROTTI

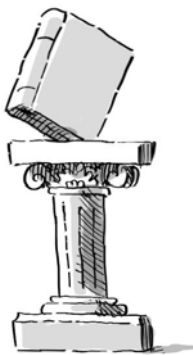
TRADUCCIÓN DE CARLOS GUMPERT

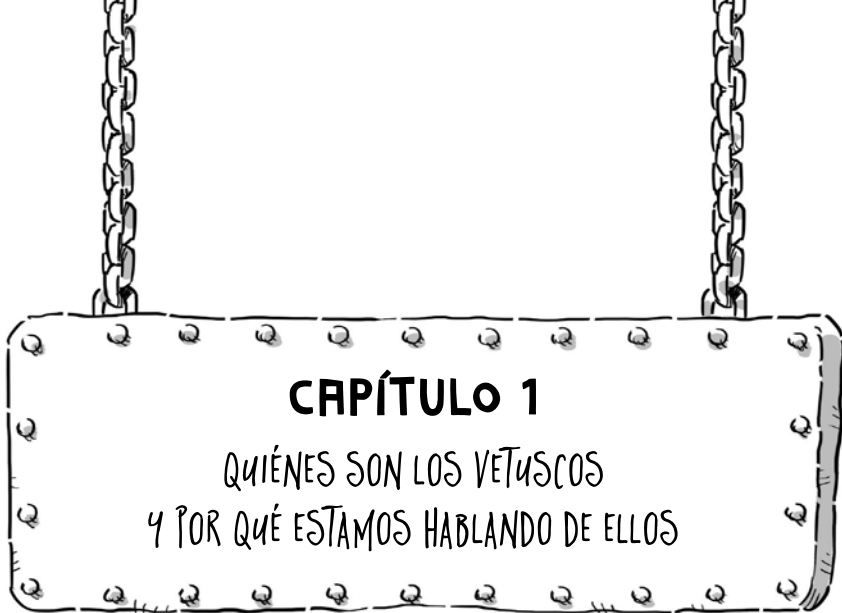


ANAYA

*Todos los pueblos aprenden  
a base de experiencia..., excepto uno.*







Había una vez un pueblo muy pero que muy estúpido.

Respondían al nombre de vetuscos y vivían encaramados en la cima de una colina a la que era difícil llegar, tan fértil como una piedra y sin ningún atractivo cultural. «¡Qué sitio más bueno para establecernos aquí para siempre!», pensaron nada más verla los vetuscos. Y eso fue lo que hicieron.

Los vetuscos eran tan estúpidos que incluso ellos mismos estaban sorprendidos de no haberse extinguido ya.

«Qué raro que nos las hayamos apañado esta vez también», pensaba a menudo Vutonio, el rey

de los vetuscos, el adulto más inteligente del pueblo, cuyo cociente intelectual algunos días hasta rozaba la mediocridad.



Sin embargo, era así: año tras año, los vetuscos salían adelante.

Nadie lo sabía con certeza, pero tal vez tuviera que ver con el hecho de que los vetuscos, de vez en cuando, por casualidad, casi sin querer, conseguían aprender algo.



«Ese pueblo que aprende una cosa al mes»: así era como los llamaban los sarcásticos polineanos, para tomarles el pelo, como es lógico.

«¡Una cosa al mes! ¡Es una media excelente!», replicaba Vutonio, quien no había entendido ni una tortamaja.

Dada su casi completa ineptitud, los vetuscos se dedicaban más que nada al cultivo de las tres cosas que



en aquellas tierras crecían con más facilidad, a saber: plátanos, plantas carnívoras y pelo.

Aunque parezca raro, los vetuscos consideraban los plátanos como unos seres crueles, mientras que sentían cierto cariño por las plantas carnívoras, que les parecían muy cariñosas. En cuanto al pelo, mejor que no lo comentemos.

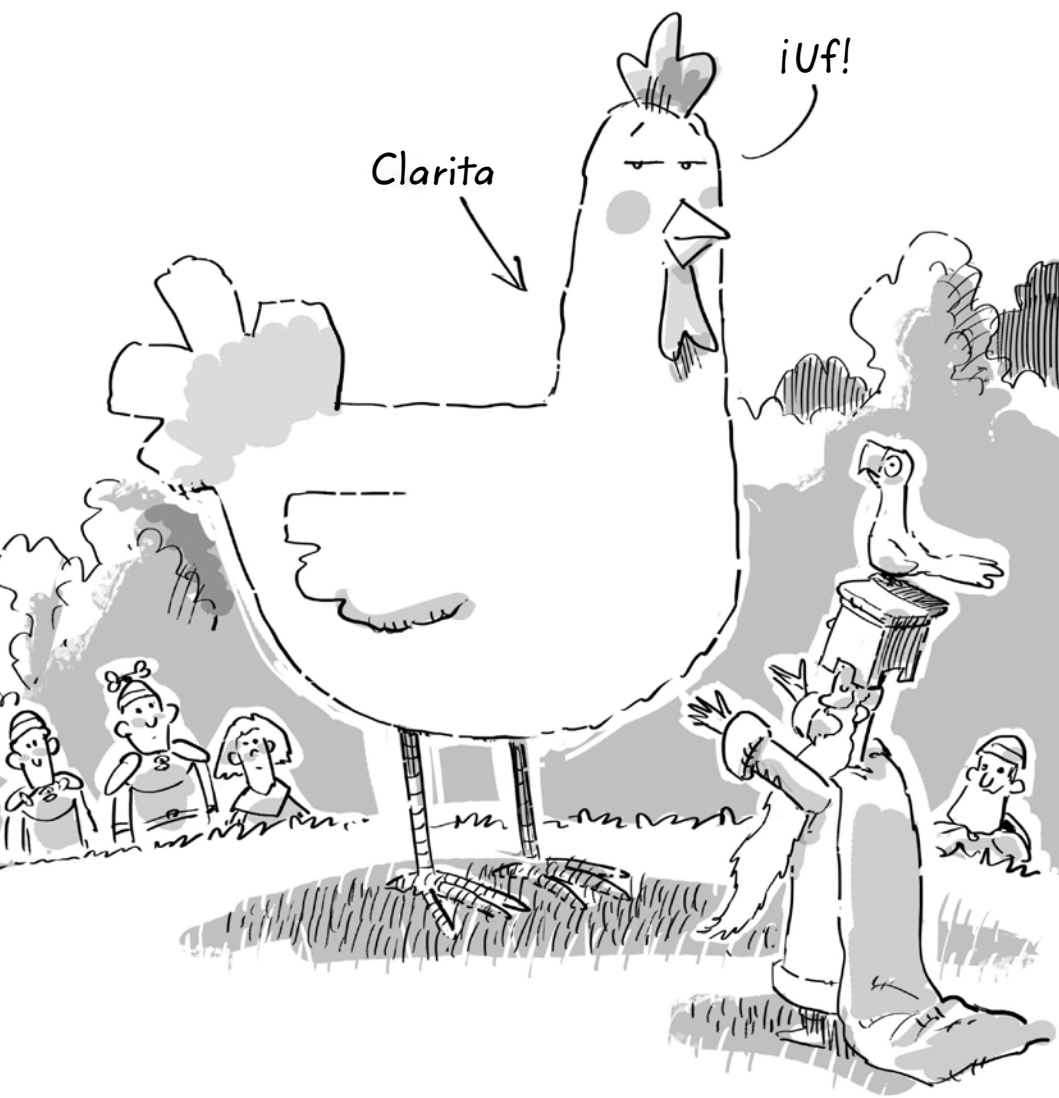
Estas rarezas, sin embargo, no eran nada en comparación con la última extravagancia con la que los vetuscos habían dejado con la boca abierta de asombro al valle entero.

Desde hacía algún tiempo, en efecto, los vetuscos habían empezado a adorar a un animal sagrado al que consideraban el emblema mismo de la sabiduría.

En principio, no hay nada de malo en eso, dado que incluso el cercano y sabio pueblo de los







gnumínidos tenía sus propios oráculos. El único problema era que el de los vetuscos...

Bueno, lo mejor es que lo digamos enseguida: era una gallina parlante de cuatro metros de altura.

Su nombre era Clarita y se había establecido en esas tierras tras haberse marchado, quién sabe por qué, del País de los Animales Gigantes, su tierra natal.

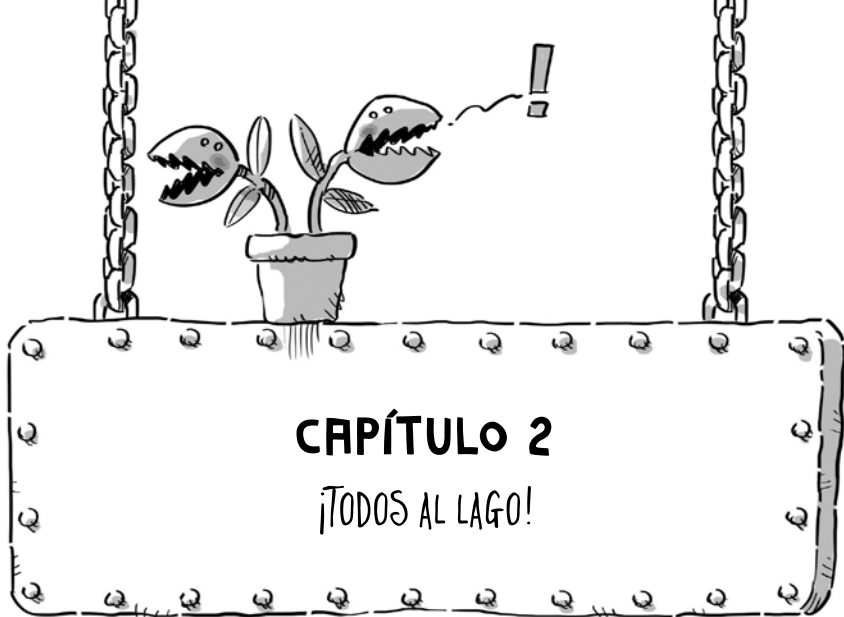
No es que fuera un genio. En el fondo, no dejaba de ser una gallina, aunque hablara y fuera gigantesca, y ya se sabe que las gallinas no destacan por su perspicacia.

Lo cierto es que como oráculo funcionaba de maravilla, al menos para los vetuscos.

Veréis, Clarita poseía algo de lo que los vetuscos carecían absolutamente: una pizca de sentido común. Y eso era suficiente para poder darles consejos sensatos.

El que luego los vetuscos le hicieran caso o no, bueno, eso era otro cantar.

Pues ya está, os hemos presentado al pueblo que protagoniza esta historia, los vetuscos. Ahora podemos empezar a contar la historia tal y como pasó.



La mañana en que empezó todo, Renacuajo, Veranda, Salivazo y Yuqui se habían escapado del colegio y vagaban por el campo buscando algo que hacer.



Renacuajo

Renacuajo y Veranda estaban discutiendo acaloradamente acerca de algún asunto fanfarrónico. Salivazo se reía mientras pensaba en cuándo se había comido un trozo de tiza. Yuqui, en cambio, estaba a sus cosas, algo apartado, y no abría la boca.

—¡Propongo ir al lago!  
—decía Renacuajo una y otra vez.  
—Pero ¿de qué lago hablas?  
—replicaba Veranda frunciendo el ceño.

Salivazo miró a la niña y le sonrió, enamorado perdido.

Unos instantes después, Yuqui ayudó al pobre Salivazo a levantarse, dado que Veranda lo había tumbado con un derechazo de lo más certero.

Entre los vetuscos, desde el principio de los tiempos, las chicas siempre han sido de manos largas.

—¿Qué estábamos diciendo?  
—preguntó Renacuajo, quien ya se había distraído.

—Estabais hablando de un lago  
—dijo Yuqui, poniéndose una brizna de hierba entre los dientes.



Salivazo



Veranda



Yuqui

—¡Eso! —gritó Renacuajo—. ¡Vamos para allá!  
¡Está decidido!

—Aquí no hay ningún lago, bobo —repitió Veranda—. ¿A que no, Yuqui?

Yuqui se encogió de hombros:

—Que yo sepa, no.

—¿Lo ves? —dijo Veranda—. ¡No hay ningún lago! ¡Así que no vamos a ir! ¡Y no solo no hay, es que además yo odio los lagos, carambúcola!

—Oye, Bufanda, ¿sabes que cuando berreas como un jabalí tienes unos ojos preciosos? —intervino Salivazo con amor.

Esta vez se lo había buscado y Veranda le contestó de la misma forma.

—¿De verdad? Gracias, Salivazo. Eres muy amable —le dijo.

Salivazo miró desconcertado a su alrededor:

—¿Eh?

—Te está dando las gracias por el cumplido que acabas de hacerle —le aclaró Yuqui.

—¿Cuándo? —preguntó Salivazo.

Veranda dejó a su pretendiente tumbado en el suelo de un bofetón en la cara.



—Olvídalo, Salivazo —aconsejó Yuqui a su amigo, tirando de él para que se levantara.

—¡Me gusta esa chica! —comentó Salivazo—. ¿Cómo dices que se llama?

—Entonces, ¿quién se viene al lago? —insistía, mientras tanto, Renacuajo.

—¡Yo! —dijo Salivazo, a quien, evidentemente, los golpes en la cara no le estaban sentando bien.

—¡Ya os he dicho que no hay lagos por aquí! —intervino Veranda, pataleando.



—¿Y si vamos de todos modos? —dijo Renacuajo.

La frase era típicamente vetusca, porque no quería decir nada. Por eso Renacuajo estaba considerado en cierto modo como el jefe de la pandilla, porque nunca tenía la menor idea de lo que decía.

Yuqui se sentó en una piedra y bostezó. Ir al lago, por mucho que no hubiera ningún lago, siempre sería mejor que quedarse en el colegio mirando a la maestra, que no hacía otra cosa más que observar, incrédula, el ábaco. En efecto, el mes anterior se lo habían robado a los gnumínidos, pero nadie había entendido aún para qué servía.

—Oye, ¿qué son esas voces? —dijo Veranda de repente.



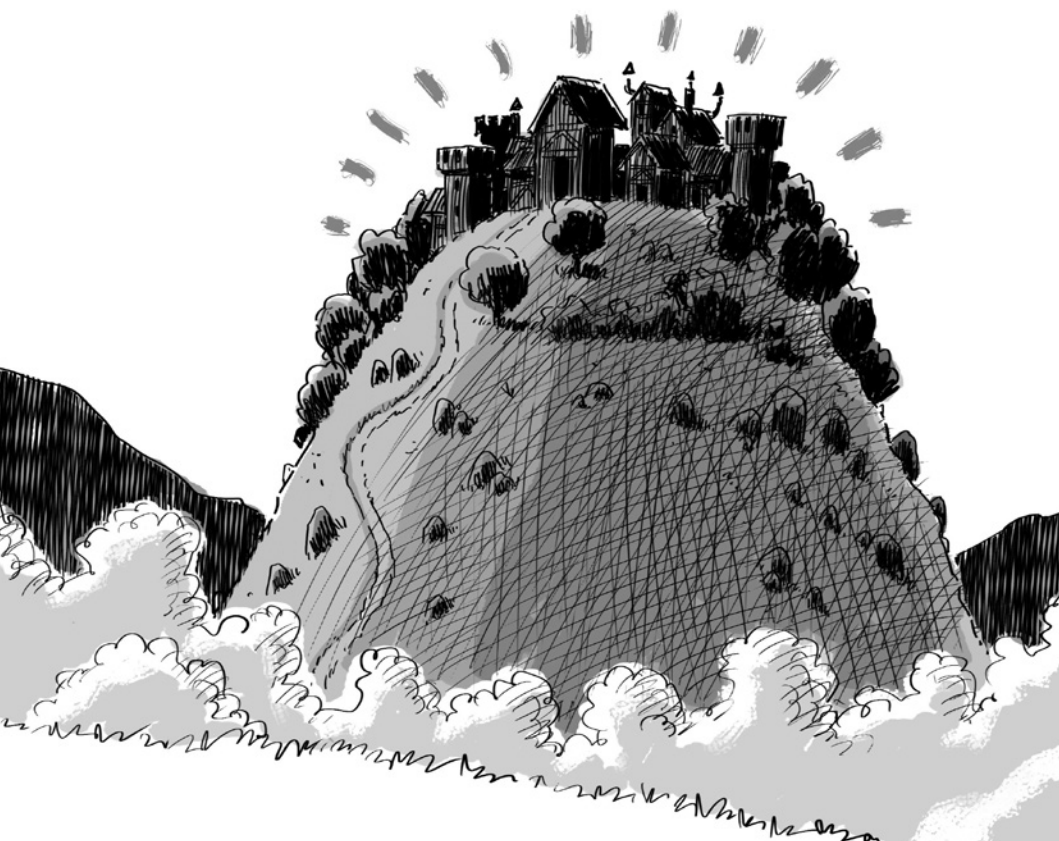
—¡Qué maravilla! ¡Así que las oyes tú también en mi cerebro! —exclamó Salivazo—. Ya sabía yo que tarde o temprano...

Veranda le dio una patada en la espinilla.

—¡No, estupidón, esas que vienen de allí!

Los niños aguzaron el oído.

Desde el pueblo, en lo alto de la colina, llegaban, en efecto, las voces de los adultos.





—Tal vez también estén discutiendo sobre el lago —dijo Salivazo.

Veranda se puso en posición de boxeo.

Pero luego las voces lejanas la distrajeron y Salivazo se libró esta vez.



Afortunadamente, porque Salivazo pudo así volverse hacia Yuqui y decir la única cosa sensata en toda la mañana:

—Yuqui, tú que eres inteligente, ¿qué crees que debemos hacer?

Yuqui se rascó la cabeza, cerró un ojo y observó atento a sus amigos por unos instantes.

Era verdad: Yuqui, a diferencia de sus conciudadanos, era inteligente.

A los dos años, hablaba ya con más propiedad de lenguaje que

su padre. A los tres, observaba a sus conciudadanos con aire perplejo. A los seis, con solo dos meses de colegio, ya había completado todo el curso, mientras que sus compañeros deambulaban todavía por los pasillos en busca del aula correcta.

Pero ¿por qué se acordaba Salivazo de eso justo en ese momento?

Hacía tiempo que los vetuscos habían aceptado el hecho de que era el más despierto de todos ellos; el problema era que solo se acordaban de vez en cuando.

—Vamos a echar un vistazo —dijo Yuqui, al final.

—¿Un vistazo a qué? —preguntó Renacuajo.

Yuqui se dispuso a explicárselo, pero luego renunció.

—Limitaos a seguirme —dijo sabiamente Yuqui.

Era mejor no complicar las cosas. No siempre el exceso de explicaciones ayudaba a desenmarañar las gargamolas.



Cuando llegaron al pueblo, Yuqui, Salivazo, Veranda y Renacuajo se encontraron con la plaza repleta de gente, un ambiente general de tristeza y a los adultos cuchicheando sin que se entendiera ni patatosa.

No era una buena señal.

Desde que el mundo es mundo, una plaza llena de vetuscos con caras largas significa una sola cosa: un aluvión de problemas.

—Será mejor que tratemos de averiguar qué es lo que pasa —dijo Yuqui a sus amigos.

—¡Yo voy a informarme sobre el lago! —declaró Renacuajo—. ¡Seguidme!

Veranda y Salivazo, imposible decir por qué, lo siguieron.

Yuqui suspiró y empezó a deambular entre la multitud, en busca de respuestas.

Quería mucho a sus amigos, pero a veces le daba la impresión de que siempre lo dejaban tirado cuando más falta le hacían. Eso sin tener en cuenta el hecho de que acababan de irse en busca de un lago que no existía.

Lo primero que vio Yuqui fue a Vutonio, el rey de los vetuscos, de pie en un estrado a un lado de la plaza, con gesto de desánimo.

—¿Cómo hemos podido llegar a esto?

—le preguntaba

Vutonio a Julepe, su consejero político—. ¿Tú qué crees?





Julepe, acuclillado como siempre sobre el hombro de Vutonio, dio su opinión:



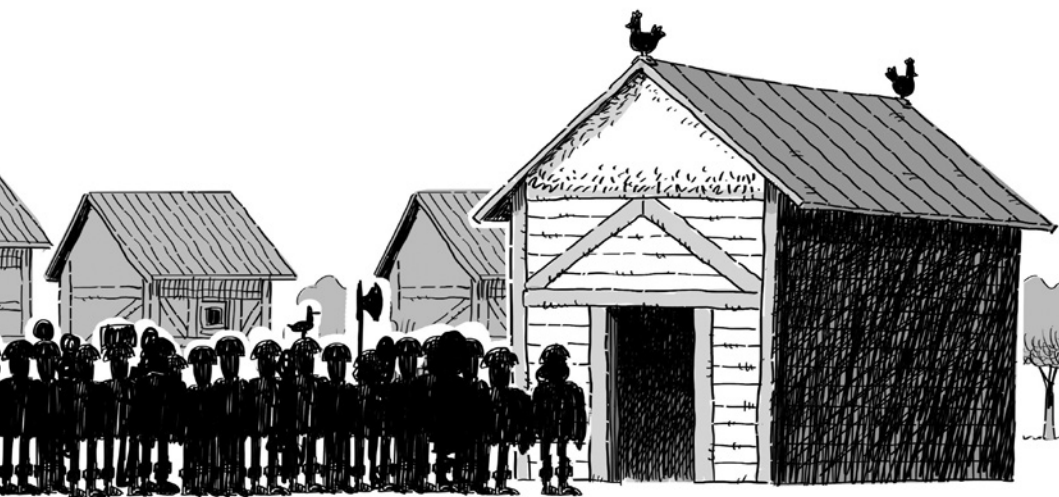
—¡Cra-tú-qué-crees-Cra! —dijo.

No es que fuera gran cosa como consejo político; vamos, que daba auténtica pena. Pero no olvidemos que Julepe, antes que consejero político, era sobre todo un papagayo.

—¿Cómo habéis llegado a esto? —preguntó Yuqui acercándose a Salivón, el padre de Salivazo.

—¡Yuqui! —exclamó Salivón, alegrándose mucho de verlo.

—¿De qué estabais discutiendo?



—De un color. Oh, sí. De qué color volver a pintar ese edificio.

Y Salivón señaló el Palacio Imperial de los vetuscos.

El Palacio Imperial era el edificio más elegante del pueblo. Incluso desde la llanura, cuando se miraba hacia la colina de los vetuscos, el Palacio destacaba casi con cierta dignidad.

Hay que decir que se parecía más a un granero que a un palacio imperial, aunque también hay que añadir que, en realidad, era efectivamente un granero.

—¿Y por qué habéis decidido volver a pintarlo?  
—preguntó Yuqui.

Salivón se encogió de hombros.

¡Eh, tú, lector! ¡Y tú también, no lector!  
Esto es lo que encontrarás en este libro:

 VOLCANES apestosos

 Cariñosas PLANTAS CARNÍVORAS

 GARGAMOLAS que desenmarañar

 Un CHICO más despierto que sus conciudadanos

 Batallas FANFARRÓNCOLAS...

¿Y QUE UNA GALLINA  
GIGANTE ES EL ORÁCULO  
DE UN PUEBLO DE ZOQUETES  
NO LO VAMOS A DECIR?



1578769

ISBN 978-84-143-3529-1



9 788414 335291

ANAYA

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)